

¿PARA QUE LA HISTORIA DEL ARTE?

DENTRO de quince años, o quizá menos, los últimos historiadores del arte del país pueden haber desaparecido completamente. A lo mejor para entonces hay voces autorizadas que reconocen el enorme servicio prestado por los responsables de la enseñanza a los especuladores urbanos, a cierto tipo de tecnócratas y a muchos polítiquillos locales. Ellos habrán realizado por fin su ideal: sobre las ruinas de las viejas catedrales puede que haya soberbios rascacielos, las vírgenes románicas de nuestros museos se exhibirán en vitrinas de Nueva York o Ciudad del Cabo y, por fin, los sagrarios de todos los retablos barrocos serán utilizados como mueble-bar en las casas "a todo tren" de la cúpula del poder. Que nadie se asuste. Esta y otras cosas peores sucederán sin traumas ni revueltas populares. Será la consecuencia lógica de ciertas medidas "terapéuticas" aplicadas en los planes de estudio de la Enseñanza Media...

Es muy posible, en efecto, que la supresión de la asignatura de Historia del Arte del Bachillerato Unificado y Polivalente y del COU responda a algo más que a una simple desidia burocrática. O que supere al comadreo interesado de los amiguetes que siempre parece haber tras este tipo de decisiones. Por una parte, no se trata de un acto aislado, sino que se inscribe en el contexto de la danza perpetua de los planes de estudio y de su creciente irracionalidad. En los últimos diez o quince años, sucesivas promociones estudiantiles y docentes han venido padeciendo "adaptación" tras "adaptación" a las directrices emanadas de las misteriosas comisiones ministeriales. Misteriosas, sí. Rodeadas del halo que les presta el hecho de que nadie supo nunca su origen y composición, sus criterios, los fines que se perseguían, y, desde luego, jamás se permitió un público debate y una participación democrática para que el cuerpo social elaborase algo, como los planes de enseñanza, que tan decisivamente afecta al interés nacional. A veces el clamor posterior de los estamentos afectados parecía tener algún eco, y si el latín y parcialmente el griego parecen haberse salvado de la quema, no ha ocurrido lo mismo con la His-

toria del Arte. De este modo, nuestro país, que cuenta con uno de los patrimonios artísticos más ricos de todo el mundo (son palabras repetidas en plan triunfalista por el poder, pero en esta ocasión resultan ciertas), pretende permitirse el lujo de mantener a toda su población en la más absoluta ignorancia de esta materia. Cuando se habla de "calidad de la enseñanza", "elevación del nivel cultural" y otros tópicos similares, parece propugnarse desde el Ministerio de Educación el desconocimiento de Velázquez, Goya o de las más elementales nociones que permitan una más ajustada percepción de la arquitectura y su entorno urbano. Esto es tan evidente y tan tópico que daría vergüenza repetirlo, si no resultase dolorosamente necesario.

Pero no es esto lo único. La

desaparición de la Historia del Arte del BUP y el COU ha coincidido con un momento en el que los Departamentos de Arte de las diferentes Universidades estaban alcanzando las cotas más altas de rigor científico y voluntad renovadora que recuerda nuestro país. No es que la situación sea precisamente ideal, pero la creación de las especialidades de Arte ha permitido la aparición de un clima favorable al intercambio de experiencias y a la discusión metodológica. Las bases para una o varias escuelas de historiadores del Arte autóctonos, capaces de equipararse a los más prestigiosos profesionales extranjeros, se habían echado, a pesar de todas sus deficiencias y contradicciones. Ahora bien, una escuela científica medianamente válida nunca la constituye una élite

investigadora, independiente de una sociedad sensibilizada y capaz de recibir, asimilar y contrastar los resultados que se le ofrecen. La ciencia (por supuesto, también la Historia del Arte) adquiere su pleno sentido en el proceso de transformación y perfeccionamiento de la sociedad presente. Así, pues, suponiendo que hubiese un gran interés en promocionar a nivel universitario los estudios de Historia del Arte (cosa, por lo demás, bastante improbable), estas investigaciones carecerían del sentido que sólo pueden adquirir cuando al menos una capa media de la población (los bachilleres) está en disposición de entender los rudimentos básicos sobre los que se asienta esa disciplina. Si persiste la supresión de la Historia del Arte de los planes de Bachillerato, todo lo que dificulto-





Nuestro país, que cuenta con uno de los patrimonios artísticos más ricos del mundo, pretende permitirse el lujo de mantener a toda su población en la más absoluta ignorancia de ese material. (En la fotografía, el Museo del Prado, donde recientemente se encerró un grupo de estudiantes y profesores como protesta por la supresión de la asignatura de Historia del Arte en el Bachillerato.

samente se ha construido en estos años, se vendrá abajo; la Historia del Arte pasará a las catacumbas de unos pocos Departamentos universitarios de Arte, de vida mortecina, a pesar de que existan figuras aisladas de valla. Ante la imposibilidad de conectar esta disciplina con las capas más amplias de la población, volveremos a ver cómo se alzan, entre los escasos investigadores que sobrevivan, los fantasmas del formalismo vacío, de la discusión bizantina y de la colonización teórica extranjera.

Un espectro desolador, pero que, sin embargo, parece resultar ideal para ciertos "amantes del arte" perfectamente caracterizados en nuestra sociedad. Entre ellos, la Historia del Arte goza de cierto predicamento en tanto en cuanto, suponen, se ocupa de cosas "sublimas" que "nada tienen que ver con las luchas y los afanes del mundo". Una Historia del Arte nostálgica, cultivada por una especie de cursis decadentes, con ínfulas aristocráticas, no parece, desde luego, mal refugio para la ideología reaccionaria, y tampoco un fuerte baluarte contra el afán especulador de los manipuladores de nuestro pasado. Desgraciadamente para estos entusiastas de "lo bello", no quedan muchos "estudiosos" con esas características, o al menos hay otros muchos que han elegido estudiar el arte con ojos nuevos y que no olvidan que la poderosa influencia ejercida en todas las épocas por los mensajes visuales y por las configuraciones espaciales, no es el resultado inocente de leyes inefables. El verdadero historiador del arte no es un lujo; su tarea, si se ejerce con honestidad, es doblemente necesaria. En primer lugar, para que un mal entendido funcionalismo no se arroge

el privilegio de definir demasiado restrictivamente las auténticas necesidades humanas. En segundo lugar, para analizar con métodos científicos y denunciar, siempre que sea preciso, la manipulación, a través de los mensajes visuales, del esfuerzo y de las aspiraciones de las masas. Quizá es esta última dimensión la que nos suministra una clave para entender mejor el sinsentido de la supresión que nos ocupa: en una civilización que todos reconocen dominada por la imagen (publicidad, cine, libros, revistas ilustradas, televisión, comics, carteles, museos gratuitos, turismo "artístico"...), se considera que el estudio de la misma y de su historia no es necesario. Y podemos preguntarnos: ¿Para quién no es necesario?, ¿para los que manejan la vida y la felicidad de las masas a través de las imágenes, o para quienes padecen, sin tener conciencia de ello, los efectos de esa "manipulación"? El analfabetismo programado (y su equivalente no menos grave, el **animaginismo**) no parecen responder, pues, a una simple casualidad, sino a toda una elaborada filosofía educativa que por mantenerse tan descaradamente en nuestra sociedad nos avergüenza y nos humilla. Es muy posible que el nuevo equipo del Ministerio de Educación y Ciencia no haya tomado todavía conciencia de las graves consecuencias que a medio plazo acarrearán el mantener a la Historia del Arte fuera del Bachillerato. Confiamos en que se repare este disparate, porque su solución no sólo va a suponer un alivio a los cientos de licenciados y estudiantes de Historia del Arte, sino que permitirá mantener mejores esperanzas sobre el futuro de nuestro país. ■ **JUAN ANTONIO RAMÍREZ.**

YA ESTA A LA VENTA

TIEMPO de HISTORIA

AÑO II

NUM. 16

60 PESETAS



ENRIQUE MIRET MAGDALENA

LA EDUCACION NACIONAL-CATOLICA EN NUESTRA POSGUERRA

En su número del mes de marzo, **TIEMPO DE HISTORIA** incluye los siguientes temas: **LA EDUCACION NACIONAL-CATOLICA EN NUESTRA POSGUERRA**, por Enrique Miret Magdalena. • **JULIAN BESTEIRO: UN REFORMISTA EN EL SOCIALISMO ESPAÑOL.** Una entrevista de Josefina Pascual con Fermín Solana. • **FEBRERO, 1936: EL TRIUNFO DEL FRENTE POPULAR**, por Eduardo de Guzmán. • **DOS CARTAS DE DOSTOIEVSKI: LA VIDA EN LA CARCEL Y SOBRE "CRIMEN Y CASTIGO"**. • **SINTESIS BIOGRAFICA DE DOSTOIESVSKI**, por Carlos Sampelayo. • **BOCCACCIO Y LA COMEDIA HUMANA**, por Fernando Savater. • **"GALILEO"**. Texto íntegro del guión cinematográfico de Liliana Cavani y Tullio Pinelli. • **ESPAÑA 1946.** Selección de textos y gráficos por Diego Galán y Fernando Lara. • **FELIPE II: NUEVAS CARTAS FAMILIARES**, por Gustavo Fabra Barreiro. • **EL BANCO DE SAN CARLOS, DOCE DIAS ANTES DEL DOS DE MAYO**, por Gonzalo Moya. • **LIBROS:** Araquistain y la izquierda socialista; La influencia del positivismo; Aproximaciones a nuestro pasado inmediato; El Saco de Roma; Al día siguiente de la Revolución; Gramsci: Vida y muerte en la cárcel. • **CINE:** La mentira como documento histórico, por D. G.

EN EL NUMERO DE MARZO
DE

TIEMPO de HISTORIA